

ros y las cabañas. Yo he dormido en una cabaña, yendo de cacería... je hice una cacería... Un mes después aún me rascaba.

MARC.—Dejáos de fantasear y vengamos a la realidad. Doña Salomé y Justo celebrarán esta misma tarde una conferencia; dadme vuestra palabra de que habréis de acatar lo que ellos acuerden. Ahora que esto se encauza bien, os pido por la Virgen Santísima que no déis pretexto para ninguna cuestión, que os sometáis...

CAND.—Sí, mamá.

MARC.—Nos conviene a todos mucha calma, mucho respeto a lo que resuelvan, y mucho...

ESCENA X

Dichos: ASUNCIÓN, del balcón

Entra Asunción rápidamente y estornuda dos o tres veces; todos escapan hacia las puertas creyendo que es el aviso de que vuelve don Justo.

SANTOS.—¿Justo?

(Asunción estornuda sin poder hablar, pero haciendo señal de que no).

MARC.—¿No vuelve Justo?

ASUN.—No.

MARC.—¿Y entonces?...

ASUN.—No quise estornudar en el balcón para no escandalizar a la gente.

RAM.—Pues nos has escandalizado a nosotros.

ASUN.—Ustedes dispensen... fué sin querer.

SANTOS.—No calculaba yo que me pudiera asustar tanto de un constipado.

CAND.—Anda, anda, vuelve al balcón y avisa de los estornudos también.

ASUN.—Ustedes dispensen.

(Mutis por el balcón.)

ESCENA XI

Dichos: menos ASUNCIÓN.

SANTOS.—*(A Marcelina.)*—Siga usted recomendándonos mucha calma, que usted ya ha demostrado que la tiene.

MARC.—Es que me cogió de improviso.

SANTOS.—Sí, que a nosotros nos pusieron un telegrama.

RAM.—¿Y lo de Asunción?

SANTOS.—Hoy no se habló más que de lo vuestro.

RAM.—Mala señal.

CAND.—¿Y Antonio cómo sigue?

RAM.—Con sus fiebres... Vino este disgusto cuando aún no se repusiera de los trabajos y de las ansias que le costaron las oposiciones, y se conoce que Dios ha querido castigarle por haber estudiado tanto.

MARC.—¡Ramoncho!

RAM.—Pues usted dirá quién...

CAND.—¡Pobre Antonio!

RAM.—Tonto de remate. Yo se lo he dicho muchas veces: en lugar de afligirte y de tragar quina, en pildoras y en rabias, lo que tú debías hacer es largarte inmediatamente al Juzgado, tomar posesión, y en el mismo día un auto...

CAND.—¿Comprar un auto?... ¿Para qué?

RAM.—Comprar, no; no creo que dé el Juzgado para esos lujos. Dictar un auto... ¿no se llaman así?... una providencia, una sentencia, lo que sea, mandando meter en la cárcel a don Justo.

CAND.—¡Ramoncho!

MARC.—¡Ave María Purísima!

RAM.—¡Eso! Que le sirva el Juzgado para algo.

MARC.—¿Y con qué derecho se cometería un atropello semejante?

RAM.—Pues con el mismo con que se ha echado a patadas a un hombre decente, y honrado, y trabajador.

SANTOS.—Hoy estás para dar en el clavo, ahijado.

RAM.—Es que doy con tu martillo, padrino.

MARC.—No te corresponde a tí el abrigar esas intenciones, precisamente cuando ceden a tus deseos.

RAM.—Yo estaba decidido a todo lo malo; pero dándome a Candelitas, estoy decidido también a todo lo bueno que me manden.

CAND.—¿Y le pedirás perdón?

RAM.—¡Si tú lo mandas!... En mitad de la Puerta del Sol. Y si te complace que me corra a palos por la casa, ya estoy yendo a buscarle y a decirle: «Pegue usted sin duelo, que a Candelitas le gusta, no sé por qué, pero le gusta que usted me pegue»...

CAND.—¡Cómo ha de gustarme eso, bobo!

RAM.—(*Cogiéndole amorosamente la mano.*)
—Llevándote yo conmigo, tiene razón don Justo en todo, absolutamente en todo; no llevándote, la razón es mía y contra él voy con uñas y dientes..

CAND.—Ya voy contigo.

RAM.—Pues él dispondrá y yo obedeceré ciegamente.

SANTOS.—Está muy bien eso...; pero Ramoncho, hombre, ¿no podrías hablar sin pedir comunicación?

CAND.—*(Retirando la mano y riendo.)*—¡Ay!...

MARC.—Es un vicio muy feo.

RAM.—No es falta de respeto, doña Marcelina. Es del mismo querer y de la misma ilusión que hoy sentimos.

SANTOS.—Ya, ya; no iba a ser de la publicación de la Bula.

RAM.—¿Nos perdona usted?

MARC.—Para lo que adelante con no perdonaros...

RAM. Hoy es día de júbilo y de contento.

MARC.—Sí, sí.

ESCENA XII

DICHOS: SALOMÉ por el foro.

RAM.—*(Abrazándola.)*—¡Hola, tía de mi vidual!

SALOMÉ.—Sobrino de mi vida... ¡no seas sobón!

MARC.—Ahora mismo se lo estábamos reprendiendo todos.

CAND.—No, yo no...

SALOMÉ.—Mucho te brillan los ojos, Candelas...

CAND.—¡Papá, consiente!

SALOMÉ.—Más vale así. *(A Santos.)* ¡Pero ya pudo usted haberme dicho esto, ave fría!

SANTOS.—¡Señora, señora!...

MARC.—Ocurrió después de su visita.

SALOMÉ.—Ah... *(A Santos.)* Perdone... *(A Marcelina.)* Somos muy buenos amigos. ¿Verdad, don Santos? Ha prometido ir por casa todos los viernes, que tenemos una partida de bridge. ¿Es usted brídgeur?

SANTOS.—No señora: yo soy *tresilleur*...

SALOMÉ.—Pues aprenda y jugaremos juntos.

RAM.—*(A Salomé.)*—¿Tú hablarás con don Justo? Cediendo en lo de la boda, cede tú en todo, menos...

SALOMÉ.—¿Cuántas veces me lo vas a decir?

CAND.—¿Menos en qué?

RAM.—Ya lo sabrás. Mira, Candelas, yo soy un holgazán, un buscador de dotes, un granuja...

CAND.—*(Cogiéndose del brazo de Ramoncho horrorizada.)*—¡Ay, no, Ramoncho.

RAM.—*(Sujetándola amorosamente.)*— Todo eso, y algo más, es del repertorio de tu señor padre cuando hace mi biografía.

CAND.—No lo dirá por convencido, sino por enfadado.

RAM.—Pues el granuja se va a dar más tono de caballero que Amadis de Gaula y que don Quijote de la mancha.

CAND.—¿Pero eso no dificultará?...

RAM.—Al contrario.

SANTOS.—Candelitas ahijadita... ¿quieres descolgarte?

CAND.—*(Soltándose.)*—Sí, padrinito, sí.

MARC.—Si a usted no le molesta, Salomé, hemos de hablar unas palabras antes de que vea usted a don Justo.

SALOMÉ.—Lo que usted disponga...

MARC.—Ramoncho, ya es hora...

RAM.—Déjeme despedirme...

SALOMÉ.—*(A Marcelina.)*—Y vámonos nosotras, que las despedidas de Ramoncho no son para vistas por extraños.

MARC.—Ni por la familia, señora. Quédese aquí un momento, Santos, haga el favor.

SANTOS.—Me quedaré. Yo siempre en el lugar del peligro: ¡debe de ser alguna maldición de bruja!

SALOMÉ.—Que mañana a la una usted a almorzar, don Santos. Y a ti, Ramoncho.

El banquete es en honor de mi buen amigo don Santos de la Santera. Procuraré darle a usted un gran almuerzo.

SANTOS.—¿Un gran almuerzo? ¡Otro peligro!

SALOMÉ.—A la una en punto.

(Mutis por la izquierda con Marcelina.)

SANTOS.—Iré. Se conoce que mi sino fatal ha señalado ya la fecha de mi destrucción... ¡Resignemos!

ESCENA XIII

CANDELAS, RAMONCHO Y SANTOS

RAM.—Adiós Candelillas...

CAND.—¡Ya vamos a ser felices, Ramoncho!

RAM.—Aún no sabes tú lo que significa esa palabra, ni lo que voy a ser yo para ti de fiel, de amante, de cariñoso...

CAND.—¿Siempre?

RAM.—¡Siempre!

SANTOS.—*(Sentado de cara al público: a media voz.)*—¿Pero no comprenderán que me lo dicen a mí también y que yo no tengo necesidad de saberlo?

CAND.—Pues yo procuraré con toda mi voluntad el corresponderte...

RAM.—(*Besándola en la mano.*)—¡Candelillas!

SANTOS.—(*Sin volverse a mirar, pero en voz alta.*)—¡Qué oigo!

RAM.—Ha sido en la mano...

SANTOS.—En la mano, no lo dudo, pero si llega a ser en cualquier otro punto del horizonte me lo colocáis igual... ¡Vete, Ramoncho!

RAM.—Ya me marchó. Mañana tienes que ir a casa de la modista, ¡eh...! Cómprate todos los trajes que te dé la gana.

SANTOS.—(*A media voz.*)—Empezaron las economías...

CAND.—Un par de ellos: con eso basta.

RAM.—¡Qué ha de bastar! Lo menos cuatro o cinco: y sombreros los que quieras.

SANTOS.—(*A media voz.*)—¡Pobres siete mil pesetas!...

CAND.—Me gustaría más que tú los eligieras...

SANTOS.—(*Alto.*)—¡Vete, Ramoncho!

RAM.—Ya me voy. Adiós, Candelillas...

CAND.—Adiós Ramoncho...

SANTOS.—(*Desesperado.*)—¡Pero si eso ya lo habéis dicho!...

RAM.—Ven hasta la puerta, anda...

CAND.—(*Marchando.*)—¿Lo creerás?... Tengo un poco de miedo a la alegría que llega...

RAM.—(*Cogiéndola de la cintura y marchando.*)—Por fortuna ya se ha vencido el único obstáculo grave, y desde hoy todo marchará apaciblemente...

(*Mutis hablando por el foro.*)

SANTOS.—¡¡Lo que hablan!!...—(*Pausa. Escuchando.*)—Pero ahora no hablan...

(*Se levanta rápido y tosiendo discretamente mutis por el foro.*)

ESCENA XIV

ASUNCION, después de una pausa, sale rápida del balcón.

ASUN.—¡Que viene papá!...—(*Pausa breve: mortificada.*)—No sé llegar a tiempo ni para servir a los otros...

ESCENA XV

ASUNCION: SALOMÉ, por la izquierda.

SALOMÉ.—¿Qué te pasa?

ASUN.—Nada, doña Salomé. ¡Que mi suerte

es de no llegar, que lo veo, y sin querer me entristezco! ¡Pero ya pasó!

SALOMÉ.—¿Y Antonio?

ASUN.—Enfermo...

SALOMÉ.—¿Del disgusto? ¿Y no os defendéis? ¿No lucháis?

ASUN.—¿Contra mis padres? No señora.

SALOMÉ.—¡Pero entonces el tuyo no es amor!

ASUN.—Amor de renegar del suyo, de hacerlos sufrir, de acabarles la vida, cuando ellos siempre fueron buenos conmigo, no señora, mi amor no es de esos amores...

SALOMÉ.—¿Y renuncias a tu felicidad?...

ASUN.—Si lo fuera, ya la habrían visto ellos que no son mis ojos solamente los que ven, y no me la negarían...

SALOMÉ.—Quizás tengas tú razón... ¿No quieres que hable por tí?

ASUN.—(Con alma).—¡Sí quiero, sí!

SALOMÉ.—Pues hablaré... y quién sabe si hoy será día de bondades.

ASUN.—Ojalá...

(Por el foro entra Justo, saluda a Salomé y deja el sombrero y el gabán en una silla; mientras Asunción mutis por

la izquierda. Salomé la mira marchar, entre compasiva y extrañada).

ESCENA XVI

SALOMÉ y JUSTO

JUSTO.—(Invitándola a sentarse y sentándose él también.)—Consiento en la boda. Por muchos motivos, por muchos, no me conviene continuar esta guerra, y tampoco lo merece una hija ingrata... y un granuja.

SALOMÉ.—No se juzgue usted con tanta dureza.

JUSTO.—¡¡Doña Salomé!!

SALOMÉ.—¿Don Justo?... Diga usted siempre lo que guste, pero a sabiendas de que a tono de usted voy a contestarle yo.

JUSTO.—No creo haber dicho más de lo que merece.

SALOMÉ.—Es posible, pero tenga usted muy presente que el día en que a cada uno le den su merecido va a ser un día de escándalo en la Humanidad.

JUSTO.—Está bien. Lo único que me importa decirle a usted ahora es que las circunstancias

me tienen maniatado, que no me vencen ustedes, no ¡me vence Candélas, que no quiero ser pregón de su liviandad! ¡Eso únicamente, que del resto ya me sacudiría yo bien pronto!

SALOMÉ.—Usted es quien lo dice... y usted sabrá por qué lo dice.

JUSTO.—Vamos a lo esencial. Accedo a ese matrimonio, con dos condiciones. Primera, que Ramoncho no pisará esta casa hasta el día de la boda.

SALOMÉ.—Y la boda, ¿cuándo?

JUSTO.—Dentro de un mes... o antes...

SALOMÉ.—Perfectamente.

JUSTO.—Y segunda, que una vez casados, desaparecerán de mi vista, ella como si hubiera muerto y él como si no hubiera nacido.

SALOMÉ.—Perfectamente.

JUSTO.—Yo pagaré todos los gastos que me correspondan... y los que no me correspondan; todos, y luego les pasaré seis mil pesetas anuales, cobradas en el Banco que ellos designen.

SALOMÉ.—Perfectamente. ¿Algo más? Pues ya quedamos entendidos respecto de las condiciones de usted. Vamos con las de Ramoncho.

JUSTO.—¡A mí Ramoncho no me pone condiciones!

SALOMÉ.—Si las pone, sí.

JUSTO.—¡Y yo le digo a usted que no!

SALOMÉ.—Y yo insisto en que sí.

JUSTO.—Pues no acepto ninguna.

SALOMÉ.—¿Por qué no las oye usted primero y si acaso las rechaza usted después?

JUSTO.—Hable usted.

SALOMÉ.—Conformes en no aparecer por aquí hasta el día de la boda; conformes en morirte luego para no verlo a usted...

JUSTO.—Doña Salomé...

SALOMÉ.—Es usted quien lo ha propuesto. ¿No se va usted a enojar porque se lo concedan?... Y disconformes con lo de las seis mil pesetas.

JUSTO.—¿Quiere más? ¿Cuánto?

SALOMÉ.—Acepta los regalos personales que usted le haga a Candélas.

JUSTO.—Naturalmente.

SALOMÉ.—Y luego, en absoluto y en redondo, no acepta de usted pensión ninguna.

JUSTO.—(Levantándose asombrado).—¿Que no acepta?

SALOMÉ.—No señor.

JUSTO.—¿Y de qué van a vivir?

SALOMÉ.—De lo que vive tantísima gente a

quien usted no le da dinero. De heredarlo, de ganarlo o de robarlo.

JUSTO.—Es que yo no puedo consentir que mi hija...

SALOMÉ.—(*Levantándose*).—Alto ahí, alto. Si en la imaginación y en el cariño de usted Candelas está como muerta, hace bien Ramoncho en no admitirla como pensionada.

JUSTO.—Eso es soberbia.

SALOMÉ.—Sí señor. Y cuando se trata de poco dinero hay mucha más gente soberbia de la que usted se figura.

JUSTO.—Como quieran... Ya veremos lo que dura eso.

SALOMÉ.—Ay, don Justo, eu cuestión de tiempo no se meta usted a luchar con los jóvenes, porque si usted se pone a ver lo que dura eso, y ellos se ponen a ver lo que dura usted, probablemente ganarán ellos.

JUSTO.—Descuentan el heredarme pronto, ¿verdad?

SALOMÉ.—Ya saben—por lo menos Ramoncho lo sabe—que hay infinitos medios de burlar la ley y de no dejar un céntimo...; pero aun así, más fácil es el que ellos hereden que no el que usted se lo lleve para el otro mundo.

JUSTO.—Más fácil, sí...

SALOMÉ.—Si fuera posible eso, con la avaricia de los unos y con el rencor de los otros, como no acuñaran moneda todos los días, a estas fechas no habría por el mundo entero arriba de diez y nueve o veinte reales.

JUSTO.—Quizás, quizás...

SALOMÉ.—Y encuentro muy bien que eso no pueda ser, porque si al infierno dejaran llevar dinero sería estar otra vez en el mundo! ¡Y basta con haber estado en unol...

JUSTO.—Quizás...

SALOMÉ.—Conformes en lo de Ramoncho, voy a permitirme una súplica para otro... La madre de Antonio ha ido a verme y a rogarme por Dios y por la Virgen que interceda con usted...

JUSTO.—¡Hágame usted el favor de no seguir!

SALOMÉ.—Antonio...

JUSTO.—(*Secamente*).—¡Hágame usted el favor! Para ceder en el matrimonio de Candelas, bien a pesar mío, hay una fuerza poderosa...

SALOMÉ.—La fuerza del mal...

JUSTO.—(*Interrumpiéndose y cortado*).—Tal vez...—(*Siguiendo con ira*).—Para imponerme ese otro matrimonio no hay motivo ninguno.

SALOMÉ.—Yo se lo suplico a usted por el ca-

riño que se tienen, por lo humildes y lo respetuosos...

JUSTO.—Por nada. Demasiado cedí ya.

SALOMÉ.—Es cierto. Pero también lo es que el digno y el bueno no consigue cosa alguna allí donde todo lo alcanza el audaz y el despreocupado.

JUSTO.—Por las circunstancias solamente.

SALOMÉ.—Por las circunstancias no, por su propia fuerza, por la fuerza del mal, que está muy mal, ¡pero que tiene muchísima fuerza en este mundo! ¿No quiere usted ser compasivo?...

JUSTO.—Déjeme usted que arregle yo mis asuntos.

SALOMÉ.—Bien. Buenas tardes...

JUSTO.—Buenas tardes...

SALOMÉ.—Pero al complacerse usted tanto en la severidad con quien se humilla, le da usted mucha razón a quien se rebela. ¡Ramoncho, y los Ramonchos que haya por el mundo, tienen razón contra usted y contra los que haya como usted!...

JUSTO.—¡Señoral

SALOMÉ.—Dispense. Buenas tardes, don Justo.

(Mutis por el foro.)

JUSTO.—Buenas tardes, doña Salomé.

TELON

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale SANTOS de puntillas por la derecha, atraviesa, y mutis por la izquierda, volviendo con MARCELINA.

MARC.—¿Están ahí?

SANTOS.—Sí, señora. En el despacho están Justo y Salomé.

MARC.—Pues yo juraría que la sentí marchar por el pasillo...

SANTOS.—Sí, señora. Pero Justo salió tras de ella, haciéndola volver, y ahora están ahí encerrados.

MARC.—¿Y qué?

SANTOS.—Cualquiera sabe el *y qué* de dos personas encerradas, doña Marcelina.

MARC.—Aguardaremos...

SANTOS.—Es lo mejor.

(Se sientan. Pausa.)

MARC.—Dura mucho esa conversación...